

Fray Anjelo apretó el paso y les alcanzó; miró á todos con cuidado y no encontró entre ellos á D. Gonzalo.

—Puede que esté ya en la casa—pensó,—y siguió hasta la puerta; pero aun la encontró cerrada.

—No debe tardar—reflexionó.

En esto, los hombres llegaron á la casa, y uno de ellos, que parecia el jefe, sacó un manojó de llaves y comenzó á probar algunas en la cerradura.

Entonces Fray Anjelo creyó que era tiempo de hablar.

—Dispéñeme vuesa merced, señor comisario—preguntó—no vendrá por acá mi Sr. D. Gonzalo de Casaus?

—No padre—contestó ceremoniosamente el comisario.

—Entonces, dispense vuesa merced la impertinencia: ¿vuesa merced va á entrar á la casa en nombre del Santo Oficio?

—Sí.

—Pues tengo antes que hacer una revelacion á vuesa merced.

El comisario dejó la llave pegada á la puerta y se apartó con Fray Anjelo.

Comenzaba ya á oscurecer, y Fray Anjelo habló tan largo tiempo con el comisario, que la noche cerró completamente.

—Entonces, ante todo, preciso es buscar á esa dama y salvarla—dijo el comisario.

—Indudablemente, y las señales que para encontrarla he dado á vuesa merced, son infalibles.

--Pues vamos.

El comisario hizo encender unos faroles que llevaba á prevencion, y abrió la puerta.

Entró Fray Anjelo con todos los familiares y se cerró la casa por dentro.

## XIII.

De cómo Fray Anjelo no encontró á D<sup>a</sup> Laura como pensaba, y de lo que hicieron Luis y Marta.



EN perder un instante, Fray Anjelo se dirigió á la casa de D. Gonzalo de Casaus, para informarse del estraño acontecimiento que de saber acababa; pero fué vana su diligencia, porque no le pudo encontrar.

Entonces su afliccion llegó al colmo, y se figuró que D<sup>a</sup> Laura espiraba de hambre.

Comenzó á averiguar en dónde podia encontrarle, y le dijeron que por encargo del Santo Oficio y en desempeño de una comision habia ido á la calle de la Merced.

—Hace ya mucho tiempo?—preguntó Fray Anjelo.

—No—le respondió el que la noticia le habia dado.

Y Fray Anjelo echó á caminar apresuradamente para la calle de la Merced, seguro de que D. Gonzalo de Casaus iba á la casa del marqués de Rio-florido, y que la cosa no podia estar mejor para él.

Ya cerca de la casa del marqués alcanzó á ver un grupo de personas, que por su aspecto parecian jentes de justicia.



Antes de que toda otra diligencia, Fray Anjelo se encaminó seguido del comisario, en busca del gran patio que le habia indicado D. Guillen y tardaron poco en encontrarle.

Comenzaron á buscar detrás de todas las pilas de leña.

Imposible era que la puerta se escapara de la astuta sagacidad de los familiares y uno de ellos la descubrió y avisó á Fray Anjelo: este llamó al comisario, y en un instante todos estaban reunidos en la galera en que habia estado emparedada D<sup>a</sup> Laura.

—Aquí debe ser—dijo Fray Anjelo.

—Rejistraremos—dijo el comisario, y casi en el momento agregó—¡aquí!

Llegóse Fray Anjelo y todos se detuvieron ante el lugar de donde habia sido sacada la dama.

—Aquí estuvo en efecto—dijo el comisario—todas las señales lo comprueban, pero ha sido sacada de aquí recientemente.

—Sí, contestó Fray Anjelo, la han sacado á esa desgraciada, pero la prueba es innegable.

—Innegable—repitió el comisario—¿pero quién la habrá sacado de aquí?

—Alguien que ha entrado—dijo Fray Anjelo.

—¿Pero por dónde? la casa está cerrada y selladas las puertas con los sellos del Santo Oficio.

—Sin embargo, álguien ha entrado aquí: mire vuesa merced en la tierra humeda señales de pisadas de un hombre.

—¡Una bujía de cera!—dijo un familiar levantando la que D. Lope habia dejado caer cuando reconoció á D<sup>a</sup> Laura.

—Aquí se han burlado del Santo Oficio.

—¿Pero por dónde habrán entrado?

—Ahora se averiguará en el registro de la casa. Vámonos de aquí, que nada se hace ya.

Y diciendo esto, el comisario salió de la bodega, comenzó á deslizarse por el callejoncillo que habia detrás de la leña; pero al llegar al patio se detuvo repentinamente.

—¿Qué hay?—preguntó Fray Anjelo que le seguia, y que por eso no podia aun salir.

—He oido rumor en aquella puerta—contestó el comisario mostrando la que caia por el canal.

—En efecto.

—Decid que se oculten todos en la bodega con las luces y que guardan el mayor silencio, hasta que yo les mande salir; aquí vamos á descubrir el misterio.

Fray Anjelo comunicó la orden del comisario á los familiares; todos volvieron á entrar á la galera, cerrando las puertas, y el comisario oculto tras de la leña quedó en silencio, observando lo que pasaba en la puerta que caia al canal.

Se escuchaba en ella un ruido como si trataran de forzar la cerradura ó abrir con una llave que no era la de la chapa.

Aquel ruido duró algun tiempo, hasta que por fin, se oyó crujir el pasador que cedia, y poco á poco los batientes fueron separándose hasta dar paso á un hombre, despues del cual entró una mujer.

Aunque la noche no estaba muy clara, á la distancia en que se encontraba el comisario del Santo Oficio, pudo muy bien distinguir todo esto, lo mismo que Fray Anjelo que detrás de él miraba con ojos asombrados.

El hombre y la mujer volvieron á cerrar, y pusieron una vigueta para impedir que se pudiera abrir; despues encen-



dieron un farolillo, y sin detenerse se dirigieron al interior de la casa, pasando cerca del lugar en que estaban escondidos el comisario, Fray Anjelo y los familiares.

—Mira—dijo el hombre á la mujer, creyendo que nadie los escuchaba y en voz alta—detrás de esa leña está la bodega de la emparedada.

—Vamos á ver—contestó la mujer.

—¿Para qué? perdemos el tiempo;—ya sabes que no está.

—Ahora nos toca salir—dijo el comisario cuando la luz del farol que llevaban el hombre y la mujer se perdió en el interior de la casa—esta es la llave de todo el misterio.

Llamó á los familiares, y se puso en seguimiento de los misteriosos visitantes.

—Marta—decía el hombre—la fortuna nos protege, nada absolutamente se ha variado en la casa, todo está como el día en que salimos.

—Pero óyeme Luis—contestaba la mujer—yo no tengo miedo á nada, y sin embargo, me da pavor andar sola de noche aquí en donde hubo tantas muertes.

—Tonta, los muertos no vuelven.

—¿Pues no hay almas *en pena*?

—Yo no he visto ninguna, y hasta que no lo vea no lo creo.

—Vaya, llegamos al aposento de D<sup>a</sup> Inés; ¡ojalá que no se hayan sacado de aquí una caja!..... no..... aquí está, mira.

—Pero tiene el sello del Santo Oficio.

—Se lo quitamos.

—Tengo miedo..... mucho miedo.....

—¿Pero á qué le tienes miedo?

—No sé.... al alma del marqués.... á los muertos.... de pensar que estamos solos en esta casa tan oscura.... se me figura que se me aparecen..... á cada momento creo oír ruido.... siento como que me soplan en la espalda.

—Anda, ayúdame, y deja de tonteras—contestó Luis rompiendo con la punta de su daga el sello de la Inquisición.

—¡Jesus!—esclamó de repente Marta.

—¿Qué te sucede....?

—He oído un rumor en el pasillo.

—Aprensiones, miedo.

—No, escucha, escucha—contestó Marta con un temblor convulsivo, y acercándose á Luis como para buscar amparo.

—Vamos, déjame trabajar—contestó Luis, tratando de romper la cerradura del cofre.

—¡Oye, oye!—decía la muchacha con angustia.

Luis se enderezó un poco y escuchó. En efecto, se oía un ligero rumor por fuera del aposento; pero á poco cesó.

—Será el viento—dijo con desdén, y volvió á su trabajo.

—¡Luis!—gritó con angustia la Apipizca arrojándose como para abrazar á su compañero: esa puerta se abre.

—En efecto, se abre—dijo Luis perdiendo su sangre fría, porque la puerta del aposento en que estaban se iba abriendo poco á poco, y se veía en ella una mano que la empujaba.

Ni Marta ni Luis creyeron ya que aquello era una cosa natural. Su imaginación exaltada por el lugar en que estaban, por los recuerdos que tenían y por la hora que era, su conciencia intranquila, y sobre todo, la seguridad de que



ningun sér humano mas que ellos habia en la casa, les hizo creer que aquello era aparicion de un muerto.

La Apizca lanzó un grito de agonía y se desmayó dejando caer el farol que se estinguió.

Luis dejó caer tambien el puñal y se santiguó temblando como una mujer.

La educacion que ellos habian recibido, les hacia mas á propósito para recibir una impresion semejante, porque entonces á los niños no se les contaban mas que consejas con el nombre *de ejemplos*, en los que siempre habia aparecidos y almas en pena, y no se les decia mas para hacerles callar, que *allí viene el muerto! te coje el muerto!* y cosas por el estilo, y estas preocupaciones de la niñez no se quitan fácilmente.

Luis sintió que álguien entraba en el aposento, y creyó firmemente que era un muerto.

Entonces hizo un esfuerzo supremo, reunió todo el valor que le quedaba, y tomando una entonacion grave, pronunció con acento de exorcista aquella solemne frase que habia oido decir que se usaba de rigor en casos semejantes, haciendo con la mano la señal de la cruz.

—*De parte de Dios te digo, que me digas si eres de esta vida ó de la otra.*

—Dése preso á la Inquisicion—contestó una voz en el aposento, á tiempo que se iluminó todo por la llegada de algunos familiares con faroles.

Quizá Luis hubiera preferido que aquellos hubieran sido muertos, porque los muertos le hubieran exigido cuando mas, segun las costumbres de las *almas en pena* de aquellos tiempos, algunas misas, algunas limosnas y algunas oraciones, y le habrian dicho quizá á dónde habia dinero en-

terrado; pero hombres de carne hueso y ademas familiares del Santo Oficio, de seguro que no se habian de contentar con tan poca cosa.

Así sucedió: Luis no supo ni qué contestar, y antes que volviera en sí de su asombro, y antes de que tuviera tiempo de reflexionar estaba ya maniatado.

La Apizca creyó volverse loca, cuando al salir de su desmayo se encontró rodeada de los familiares, á quienes conocia perfectamente, porque hacia apenas veinticuatro horas que aun estaba en su poder.

Se dió fé de que los sellos del Santo Oficio estaban rotos, y este era el mas grave de los delitos de Luis, y el que menos podia negar.

El comisario escribió su informe ó cabeza de proceso, y cuatro familiares se llevaron á los culpables para las cárceles secretas del Santo Oficio.

De seguro que Marta no creia volver á andar tan pronto aquelcamino.



#### XIV.

De cómo salió de la Inquisicion Doña Inés de Medina.

**L** Santo Oficio tomó cartas en el negocio de la emparedada, que se aclaró por la prision de Luis y Marta; pero esto correspondia á los tribunales del fuero comun, y el Santo Oficio declaró que no siendo esta causa de fé, no podia intervenir.

Ademas, como nada se habia aclarado de la acusacion que se hizo contra D<sup>a</sup> Inés por judaisante, la dama fué remitida á los tribunales de fuero ordinario.

Luis y Marta quedaron presos por la fractura de los sellos.

Luego que D<sup>a</sup> Inés fué remitida á las cárceles de la audiencia, comenzaron á ponerse en juego mil intrigas por parte de los oidores para salvarla.

D. Frutos Delgado fué el primero que se presentó en la prision de la dama para saludarla, y mas bien como á una víctima de la desgracia y de la calumnia, que como á una mujer criminal.

—Creame vuesa merced, señora—decia D. Frutos—que todos estos padecimientos que sufre por amor de su Majestad, serán largamente premiados.

—Sin embargo—contestó D<sup>a</sup> Inés—el secuestro de mis bienes no se ha levantado, y segun es la cuenta de gastos del proceso, gran parte de ellos entraron á las cajas del Santo Oficio.

—Aclarada ya la verdad de los hechos y muy pronto vuesa merced libre, podia presentar sus reclamaciones, y no dudo que se la hará justicia y será indemnizada.

—Felizmente no tengo en México mas propiedad que una casa en la calle de la Merced, que su señoría ya conoce, y cuya casa me causa horror porque en ella tuvo lugar la desgracia de mi padre.

—Esa casa, señora, ha sido vendida ya de órden del Santo Oficio.

—¿Y quién la ha comprado?

—Un desconocido, y á vil precio, porque con motivo de los acontecimientos y por el cuento ese de la emparedada, nadie hizo ni siquiera una regular postura.

—Hágase la voluntad de Dios!

—Y digô, señora; á propósito de la emparedada, y vea vuesa merced que no le habla el oidor, sino el amigo: ¿qué hay en toda esa leyenda? porque yo estoy resuelto á salvar á vuesa merced, y necesito saber la verdad.

—La verdad no la ocultaré á su señoría, porque demasiada confianza tengo en su lealtad, y es negocio este que á todos nos atañe; escuche su señoría:

—Escucho, señora.

—¡Recuerda su señoría que le prometí descubrirle el plan de la conspiracion, el nombre de los conjurados y en-



tregar los papeles que fueron estraidos del equipaje del marqués de San Vicente?

—Sí señora.

—¿Y recuerda su señoría cuándo fué esto?

—Sí señora, pocos días antes de que vuesa merced fuese presa por el Santo Oficio.

—Precisamente, y este es el hilo del negocio; seguramente los contrarios supieron esto, y por eso me denunciaron al Santo Oficio; pero esa mujer emparedada era la que me iba á decir todo.

—¿Cómo?

—Esa mujer tenia amorosas relaciones con uno de los conjurados, sin duda con el de mas confianza, porque á él se le entregaron los papeles del marqués de San Vicente.

—¿Quién se los entregó?

—Permítame su señoría que esto lo calle, porque es el mismo que me dió á mí el aviso, y creo que se le puede dispensar muy bien la falta por el servicio.

—Ciertamente, señora.

—Pues como decia: el hombre que recibió los papeles los trajo á depositar á la casa de esa D<sup>a</sup> Laura, que es la dama emparedada.

—¿D<sup>a</sup> Laura!

—Sí señor; súpelo en la misma noche ó á la siguiente, no lo recuerdo bien; pero juzgué que no sabiendo á dónde ella ocultaba esos papeles, era necesario que ella misma lo declarase.

—Muy bien pensado.

—Pero ella no podia declarar, estando en la casa, y era necesario, ante todo, sacarla de allí, y luego obligarla á confesar lo que sabia; ¿es verdad?

—Sí señora, veo que vuesa merced comprendió lo que habia que hacer.

—Por tanto, determiné sacar á esa mujer valiéndome del único arbitrio que tenia: robarla! Conozco que esto no era bueno; pero en fin, se trataba del servicio de su Majestad, y el servicio de su Majestad, es antes que todo.

—Ciertamente.

—Si se hubiera tratado de un asunto que me interesara á mí nada mas, quizá nunca me hubiera atrevido á dar este paso; pero por el rey no vacilé y robé á D<sup>a</sup> Laura.

—Esa es mucha lealtad!....

—Llévela á mi casa, y allí tuve necesidad de pensar en una medida de rigor, que sin causar la muerte de esa mujer, la obligara por la fuerza á declarar lo que sabia, y á decir en dónde tenia los papeles.

—¿Y entónces?.....

—Entonces, pensé primero en el tormento; pero el tormento deja siempre huellas indelebles, que pueden servir de testigos á la acusacion; y además, el tormento acaba con las fuerzas del cuerpo y del espíritu; puede causar la muerte, y no es posible prolongarle por mucho tiempo, ni hacerle tan lento como se necesita.

—Es cierto—dijo el oidor como reflexionando profundamente en lo que decia D<sup>a</sup> Laura.

—Por eso pensé en emparedarla; el terror debia ser el tormento, mas que la incomodidad de la prision, y sin peligro, pues no le faltaban los alimentos; aquella mujer debia permanecer allí hasta que confesase.

—¿Y confesó?

—Desgraciadamente cuando comenzaba la prueba, cuando aun en ella el rencor y la cólera hacian las veces del



valor y no podía apreciar realmente su situación, sus amigos, ignorando ó sabiendo que ella estaba presa, pero sí conociendo que yo tenía el hilo de todo, me denunciaron ante el Santo Oficio.

—Infames!

—¡Pero lograron su objeto!

—Y qué fué de esa dama?

—Lo ignoro; cuando fuí presa ella quedó allí.

—Pero cuando el comisario del Santo Oficio ha ido allá, la dama había desaparecido?

—Ese es un misterio que no alcanzo á comprender; solo tres personas lo sabemos: yo, Luis y el otro hombre, cuyo nombre no he querido decir á su señoría; pero ninguno de estos dos ha podido sacarla, porque no tenían en ello intereses de ninguna clase.

—En todo caso, esa mujer ha desaparecido, y vuesa merced para salvarse debe negar todo resueltamente, y decir que son calumnias de sus enemigos que la acusaron falsamente á la Inquisición como judaisante, y luego, viendo que esto no la aprovechaba, le inventaron este nuevo crimen.

—Y el negar será bastante?

—Yo respondo de todo!

El oidor salió de la prisión de D<sup>a</sup> Inés, resuelto á hacer cuanto estuviera de su parte para salvarla, porque aquella mujer lo había hecho todo por el buen servicio de su Majestad.

En efecto, se siguió un proceso, durante el cual nada se supo del paradero de D<sup>a</sup> Laura; D. Frutos y los demás oidores hicieron cuanto estuvo de su parte para salvar á la acusada, y D<sup>a</sup> Inés fué absuelta y se le puso en libertad á muy poco tiempo.

Entretanto, el Señorito seguía enfermo de bastante gravedad, y Luis y Marta presos en la Inquisición por el negocio de los sellos.

El *Tapado* se había restablecido, y aunque no se había aclarado nada, porque él insistía tenazmente en su negativa, y su proceso seguía adelante.

D. Lope de Montemayor se había retirado de la sociedad, y casi nunca se le veía en las calles.